



NACER y morir. hé aquí dos puntos matemáticos reunidos por un guion que se llama la existencia; hé aquí dos extremos ligados por una cruz que, al decir de Gaume, constituye la vida.

Todo nace y todo muere; todo principia y todo se acaba. Las yerbas y los encinos, los insectos y los hombres, las chozas y los palacios, las aldeas y las ciudades.

Los árabes encienden sus fogatas en el lugar que ocuparon los antiguos reyes egipcios; los bueyes duermen donde se acentó el foro romano; el arado surca el sitio donde reposaba el templo de Jerusalem.

Los años corren; las generaciones se empujan; cuanto hay marcha á la muerte; cuanto existe camina á la destruccion.

A todo se le llega su término; la vida es un relámpago en la noche del destino; un fuego fátuo en el cementerio del dolor.

Ya no se tropieza con sepulcros; la humanidad, como diria Göethe, forma con capas geológicas de sus restos la superficie de la tierra.

.
La salud, dice Bossuet, es solo un nombre; la vida un sueño; nada estable puede edificarse sobre nuestra sustancia, que es nada; la muerte, despues de poco tiempo, no deja ni aun siquiera bastante cuerpo para ocupar lugar.

.
Y en la historia de los pueblos ha sonado la hora de luto para nuestra patria; y de las épocas aciagas, cruzamos hoy la de agonía de nuestra más disculpable vanidad.

Nubes nacidas en la Estigia se ciernen sobre México, hiriendo con rayos despiadados las más altas cabezas de sus hijos; aquí muere un político, allí espira un poeta, allá desaparece un sabio.

Estamos en los momentos en que la Parca sella los labios de los prohombres de la actualidad; en que se tala la generacion de nuestro orgullo.

México mira caer una á una las cruces de honor que adornan su pecho; México siente eclipsarse en su frente la aureola de su grandeza.

La fatalidad se empeña en demostrarnos que ni la ciencia preserva de la muerte; que hasta el saber tiene su aurora y su ocaso, su cuna y su sepulcro.

Y las víctimas en su mayoría son nuestros mejores médicos; los patriarcas de nuestra ciencia iátrica, desaparecen por grupos; los guías de nuestra inexperiencia se ausentan.

Estamos quedando solos; nos están dejando huérfanos.

Ayer Ortega. Vertiz; ahora Jimenez; primero un tocólogo esclarecido, despues un cirujano afamado, y hoy un médico ilustre.

Allí teneis un cadáver reciente; allí se guardan unos despojos que aun conservan su figura vital.

El fundador de la Clínica en nuestro país no existe ya; D. MIGUEL FRANCISCO JIMENEZ ha muerto.

Allí está obscuro ese cerebro que fulguraba los vivísimos rayos de una inteligencia sublime; allí mudo ese labio que murmuró á nuestro oído los más difíciles secretos del diagnóstico médico.

La ciencia tenia en él uno de sus más distinguidos hijos; la pedagogia uno de sus más bellos ornamentos, y nosotros una de nuestras más justas glorias.

El Sr. JIMENEZ resplandeció en el cielo científico de México como brillante luminar: ¿quién de vosotros no lo conoció?

Y sin embargo, el sabio JIMENEZ ha muerto solo para la vida física; pero vive en sus escritos, vive en sus discípulos, vive en la gratitud de tantos como le debieron el consuelo.

El alma que toca el pináculo del saber no cabe en su encierro; lucha por separarse del cuerpo para marchar á la esfera del renombre.

La muerte exhibe la verdadera grandeza; el talento nunca muere.

Las estrellas pudieran aniquilarse; seguirían muchas generaciones gozando de su luz.

Y los sabios son las estrellas del saber; aunque mueran, alumbrará su espíritu mientras lata la humanidad.

El SR. JIMENEZ no ha muerto del todo para nosotros; nos queda su alma.

Las obras guardan siempre ardiente la memoria de los recuerdos; no perece el que vive con la vida del porvenir.

Cuando la muerte se encubre con el manto de la fama, se transforma en apoteosis; cuando respeta el nombre, se engasta en las ráfagas de la inmortalidad.

La tumba de los hombres ilustres, dice Pericles, es el universo; su memoria se graba mejor en las almas que sobre los monumentos.

Y la inmortalidad es envidiable: Leonidas habría vuelto á morir por conservar su epitafio.

Asistimos, pues, Señores, á nuestro propio dolor y á la exaltacion del SR. JIMENEZ; venimos á medir la importancia de un oráculo para nuestra instruccion y consuelo, y el triunfo que preparó á un hombre su talento durante su vida.

Ya lo veis; todas las clases sociales tributan al Gran médico su afecto; al Gran sabio su admiracion.

Y nunca se evidencia más el aprecio que despues de la muerte; nunca el sentimiento es más sincero que cuando no espera recompensa.

El mérito real, dice D'Aguesseau, es el solo bien que no se compra en el mundo; el público, siempre libre en su voto, dá, pero nunca vende la gloria.

La muerte del DR. MIGUEL F. JIMENEZ ha conmovido á México y cimbrado á la medicina patria. . . . Tristísimo es convencerse de que no hay más que morir; de que no hay médico que salve de la muerte.

El Cuerpo Médico-militar, justo apreciador del mérito, viene á tomar parte en tan inmenso duelo, y amante como nadie de sus maestros, que son HONRA NACIONAL, viene hoy representado por mí, á colocar en la tumba del hombre ilustre una corona preparada con su amor y tejida con su respeto.

Maestro, tú me oyes; recibe nuestra humilde, pero sincera ofrenda, y acepta el voto purísimo que hacemos por la perpetuidad de tu memoria.

Con Byron puedo decirte: tus días terminaron; solo te faltaba la inmortalidad; empieza tu triunfo; tú no serás llorado; el llanto sería una injuria para tu gloria.

¡Salve á tu nombre! ¡Salve á tu ciencia! ¡Salve á tu genio!

FERNANDO MALANCO.



SEÑORES:

POR dilatada que sea nuestra mansion aquí en la tierra, ¿qué es la vida del hombre, sino la flor de los campos que en la mañana admiramos bella y fragante, y al declinar el día hallamos marchita y sin aroma? ¿Qué son nuestras vidas, sino ríos cuyas aguas corren sin detenerse jamás, hasta confundirse en el Océano, donde pierden su nombre para siempre? *

Sin embargo, hay gloriosas excepciones, hay hombres de raro mérito que hasta cierto punto se sobreviven, porque si bien su nombre está escrito en el catálogo de los muertos, también se halla grabado en el corazón y en la memoria de los vivos. A este número pertenece el Sr. Dr. D. Miguel F. Jimenez. Como miembro de varias Sociedades científicas, como catedrático de Clínica en la Escuela de Medicina, pero principalmente como médico, ganó laureles que no le puede arrebatarse la muerte.

Los opúsculos y artículos que debimos á su docta pluma, son notables por su claridad y concisión, no ménos que por la profunda enseñanza que encierran y por la oportunidad é importancia de las cuestiones que con no igualado tino sabía escoger y presentar. Su palabra puede considerarse como simiente fecunda en verdades útiles á la ciencia, y de provechosa aplicacion práctica.

Pero en lo que dió larga muestra y más claras pruebas de lo mucho

* Los pensamientos anteriores se hallan en los libros sagrados.